

Capítulo CXI.

Grandeza de alma.

Hernán Cortés llegó á la Veracruz.

Su esposa doña Juana Arrellano de Zúñiga habia quedado en España en casa del duque de Béjar.

Habia adoptado esta resolución, creyendo que el amor haria á Cortés desistir de sus conquistas.

El poco tiempo que habia vivido en las Indias le habia hecho comprender los muchos riesgos que corria su esposo, trataba de que renunciase de una vez para siempre á aquella vida erizada de peligros, máxime cuando ya ceñia su frente la aureola de la gloria y contaban con suficientes recursos para vivir de la manera espléndida que exigia su brillante posición.

En los pocos dias que estuvo Cortés en la Veracruz, se le unieron más de mil españoles.

Por ellos supo los desmanes que habian cometido Nuño de Guzman y sus oidores los licenciados Matienzo y Delgadillo.

—No podeis imaginaros lo providencial que ha sido vuestra llegada.

—¿Pues qué ocurre?

—Que hemos estado siendo víctimas de la tiranía del presidente de la audiencia y sus oidores.

—Os parecerá exagerado; pero hemos tenido que escondernos para huir de sus iras.

—Y ha habido quien en tres dias no ha probado bocado.

—Lo que es ahora confiamos en que obrareis con más energía que otras veces.

—Es imposible que continuemos de este modo.

El ilustre caudillo previa las consecuencias que en breve tendrian los desafueros cometidos con sus partidarios; pero no queria alentarles en sus quejas por temor de que comenzasen horribles venganzas.

Dióles esperanza de emprender nuevas conquistas en las que pudieran indemnizarse de las pérdidas sufridas en sus intereses, y con gran habilidad pudo calmarlos.

En pocas ocasiones manifestó Hernán Cortés tanta grandeza de alma como en aquella en que regresaba á las Indias.

Durante se permanecia en la corte habia celebrado una entrevista con el monarca, y lamentándose

de que aún se dudase de su conducta, toda vez que se enviaba quien le residenciase, se atrevió á decir al monarca:

—Si vuestra majestad tiene de mí la menor queja, retireme toda su gracia, que yo, como fiel vasallo, acataré sus órdenes, y hasta renunciaré, si esa es su real voluntad, á continuar la conquista, á que me creo con algun derecho. Si por el contrario, me cree digno de continuar al frente de la gobernacion de las Indias, tenga vuestra majestad la bondad de invalidar las últimas reales disposiciones.

El emperador, que si obedecía á las sugerencias de sus consejeros, no podia sustraerse á la influencia del inmortal caudillo:

—Id tranquilo, Hernan Cortés, y obrad en un todo como capitán general de la Nueva España.

Y le entregó un momento despues los despachos que le acreditaban en este cargo.

Cuando nuestro héroe salia de la real cámara, se dijo:

—Lo que es ahora no habrá quien se atreva en Méjico á dudar de mi autoridad. Si alguno lo intenta peor para él.

Si no hubiese obedecido á sus sentimientos generosos, á su deseo de no derramar sangre inútilmente le hubiera sido facilísimo tomar represalias de los que tan villanamente habian procedido durante su ausencia.

Pero, como sabemos, las medidas violentas repugnaban á su carácter.

Bien es verdad que, por punto general, los que todo quieren llevarlo á sangre y fuego, los que no tienen otro sistema para hacer frente á las complicaciones en los negocios de Estado, son los más débiles, los más cobardes, los más miserables.

Disgustaba sobremanera al nuevo presidente de la audiencia, don Sebastian Ramirez de Fuenleal, que permaneciesen en la Veracruz al lado de Hernan Cortés los muchos españoles que habian ido á visitarle.

Los oidores tambien veian un peligro en aquella agrupacion.

—O mucho me equivoco,—decia Francisco Reinos,—ó pronto vá á empezar aqui una guerra civil, tanto más lamentable, cuando en el mero hecho de ser españoles debíamos respetarnos unos á otros, para que á su vez nos respetasen los indios.

—Soy de la misma opinion,—añadia Vasco Quiroga.

—A mi juicio,—exclamaba Alonso Maldonado,—debia tomarse una resolucion enérgica.

—No me parece acertado en estas circunstancias,—decia Juan Salmeron.—Toda medida preventiva arguye temor y por lo tanto, envalentonarian Hernan Cortés y sus parciales.

El obispo don Sebastian, que habia querido oir la opinion de los oidores antes de dar á conocer la que él habia formulado:

—Pues segun mi entender,—dijo,—no queda otro remedio que recurrir á las medidas violentas. Voy

á comunicar á todos los españoles que han ido á la Veracruz la órden de que regresen á sus respectivas poblaciones; les fijaré un plazo, y cuando espire este castigaré severamente al que me desobedezca.

—Malos resultados debemos esperar de esa medida.

—¿Por qué?

—Porque eso equivale á arrojar el guante á los partidarios de Cortés.

—¿Y qué me importa?

—Puede importarnos mucho. Al fin y al cabo, Cortés ha estado mucho tiempo en estas regiones, cuenta con la lealtad de muchas de la tribus que sometió á su autoridad, y podríamos salir perdiendo en la contienda.

El que así se expresaba era Vasco de Quiroga.

Hombre impresionable por naturaleza, traducía el entusiasmo que la presencia del ilustre caudillo despertaba en los que habian peleado á sus órdenes por un conato de rebelion, y hasta fraguaba en su mente pavorosas catástrofes.

El presidente de la audiencia de Méjico, que en más de una ocasion habia observado la debilidad del tímido oidor, le dijo:

—Pintais las cosas de un modo que cualquiera creeria que Hernan Cortés se disponia ya á entrar en la ciudad al frente de una legion numerosa.

No es difícil que tal suceda; y lo digo francamente, me preocupa bastante ese hombre audaz.

—Pues á mí me tiene sin cuidado sus bríos, y

en prueba de ello voy ahora mismo á extender la órden á que antes me he referido.

Dos minutos más tarde salia el pregonero en direccion á la Veracruz.

Con la mayor solemnidad leyó en la plaza la órden del obispo don Sebastian Ramirez de Fuenleal, en la que este funcionario intimada á los españoles, bajo la pena de muerte, á volver á la residencia que ocupaban antes del arribo de Hernan Cortés.

Terminado este acto, volvió á Méjico á dar cuenta de la mision que se le habia confiado.

Más de quince dias trascurrieron, y ni un solo español obedeció la órden del presidente de la audiencia.

—Ya veis que no me equivocaba en mis cálculos,—dijo Vasco de Quiroga.

—Ni yo tampoco,—añadia Juan Salmeron.

—Pues á mí no hay quien me convenza de que apareciendo débil,—exclamó don Sebastian,—permitiendo que el prestigio de autoridad sea pisoteado, he de poner término á la tempestad que nos amenaza. Así, pues, ahora mismo voy á enviar otro pregon para que Cortés sea preso. Una vez en mi poder, atado como perturbador de la tranquilidad pública, le enviaré á España para que sea juzgado:

Con gran calma oyó Hernan Cortés aquella órden tiránica.

Quando el pregonero terminó la lectura:

—Decid á vuestro jefe,—exclamó,—que Hernan Cortés, el que ha conquistado estos países para la

corona de España, no puede consentir, ni consentirá jamás, que nadie pueda abrogarse facultades que no tiene.

Decidle también que obran en mi poder despachos del emperador Carlos V, que Dios guarde, en los que se me confiere el título de capitán general de la Nueva España.

Y advertidle, por último, que si hasta ahora, por evitar mayores males, me había encerrado en una neutralidad honrosa, hoy que se me arroja el guante le recojo.

Acto continuó se hizo pregonar como capitán general.

El emisario del obispo partió.

Hernán Cortés, dirigiéndose á los españoles que le habían vitoreado calurosamente por la resolución que había adoptado:

— Dentro de breves momentos, — les dijo, — vamos á ponernos en marcha para Méjico. Siento que las circunstancias me hayan hecho adoptar una medida que repugna á mi carácter. Amante de la paz como el que más, deseaba á toda costa evitar que se derramase sangre. Yo ruego á todos los que se presten á acompañarme que no olviden que todos somos hermanos, que los indios pueden aprovecharse de nuestras luchas fratricidas, y con este motivo suplico á todos encarecidamente que depongan todo sentimiento de odio, que no dificulten una transacción honrosa dejándose llevar de la venganza, que si vencemos en el campo á nuestros enemigos, les vencemos también

con nuestra generosidad después de la victoria.

Todos aplaudieron frenéticamente al caudillo, y juraron solemnemente acatar sus órdenes.

Hernán Cortés formó una buena división con los españoles y los indios que habían ido á felicitarle, y al frente de ella, y seguido de gran número de caballos, se puso en camino para la ciudad imperial.

Capítulo CXII.

Tiene noticia Cortés de que los indios tratan de llevar á cabo un alzamiento general para destruir á los conquistadores.

Es increíble hasta qué punto ciega á algunos hombres la soberbia.

Don Sebastian Ramirez de Fuenleal, al saber que Hernan Cortés se dirigia á Méjico, tuvo la audacia de enviarle un emisario, previniéndole que se detuviera en Tezcucó, amenazándole con la pérdida de bienes.

Tambien le decia que dado caso de desobediencia, mandaria apoderarse de su persona.

Hernan Cortés tuvo la abnegacion de obedecer y cumplir con toda la prudencia que convenia al servicio del emperador y bien de aquella tierra, que con tantos trabajos él ganara.

Se limitó á escribir al presidente y oidores, diciéndoles que mirasen mejor su buena intencion, y

no diesen motivo á los indios para rebelarse; y añadia que respecto á los españoles, podian estar seguros de que no traspasarían los límites legales.

Los indios, aprovechándose de aquellas disensiones, asesinaban á cuantos españoles hallaban en despoblado.

En breves dias perecieron más de doscientos, y envalentonados por estos crímenes, proyectaban llevar á cabo un alzamiento general para destruir á los conquistadores.

El obispo don Sebastian, ante el temor que le produjeron estos rumores, de acuerdo con los oidores y demás vecinos que en la ciudad estaban, viendo que no tenían mejor remedio ni más cierta defensa que la persona, nombre, valor y autoridad de Cortés, le envió á llamar y rogar que entrase en Méjico.

El ilustre caudillo, acompañado de toda su gente, penetró algunos dias despues en la ciudad imperial.

Se hallaba dictando el héroe de nuestra historia algunas disposiciones en vista de la gravedad de los rumores que corrian, cuando le anunciaron que una india deseaba verle.

—Decidle que me es de todo punto imposible recibirla en estos momentos.

—Señor, insiste en que necesita veros, en la seguridad de que agradeceréis las revelaciones que va á haceros.

—Que pase.

Trasmitida esta orden, se presentó la india que solicitaba aquella audiencia.

Era Ihalí.

—No hay que perder tiempo, amado mío,—le dijo;—graves peligros amenazan vuestra preciosa vida y la de todos vuestros hermanos.

—¿Pues qué ocurre, que tanto temor os infunde?

—Guacalcinla, la viuda del emperador Guatimozin, recorre todas las tribus del imperio reclutando gente para caer sobre Méjico. Algunos caciques de los que más tienen que agradeceros,—y al decir esto bajó Ihalí los ojos,—le han ofrecido sublevar sus provincias, y de un momento á otro se empeñará una lucha sangrienta y desastrosa para todos.

—Os agradezco, querida niña, vuestra tierna solicitud; pero me parece que hay algo de exageración en lo que decís.

—¡Oh! Desgraciadamente estoy segura de su certeza.

—¿En qué os fundáis?

Ihalí permaneció un momento silenciosa, al cabo del cual se expresó en estos términos:

—Mi venida obedece, no sólo al cariño que os profeso, sino á la necesidad que he tenido de abandonar mi provincia. Jamás hubiera consentido en seros desleal, y permaneciendo allí no hubiera tenido otro remedio que ponerme en abierta lucha con vos.

—¿Qué quereis decir?

—Que mi esposo es uno de los que más activamente secundan los planes de Guacalcinla. No sólo le ha ofrecido sublevar su provincia, sino que recorre las poblaciones inmediatas concitando los ánimos.

» Yo, al comunicarme su resolución, me opuse con todas mis fuerzas.

» —Lamento,—le dije,—que la sangre vuelva á correr á torrentes por el imperio. Los españoles se han mostrado clementes despues de la victoria; Méjico empieza á recobrar su esplendor de otros dias, y todo hace creer que la prosperidad, que la bienandanza, reinarán bajo el mando de los españoles.

» —Mirándome con ojos centelleantes:

» —Calla, infame,—me dijo;—¿acaso un pueblo puede resignarse á ser esclavo de unos miserables aventureros? Sin duda así lo habrá creído el malinche de los españoles; pero le juro por nuestro dios Huitzilopochtli que en breve sabrá que el leon, mientras está dormido, puede sojuzgársele; pero su despertar es terrible. Esta es la situacion de nuestro imperio. Si la debilidad, si la desgracia ha podida adormecerle por algun tiempo, hoy que empieza á despertar de su letargo, quiere recobrar sus derechos, y para conseguirlo no ha de vacilar un instante. Asi, pues, si tu corazón te dice que la justicia está de nuestra parte, quedarás aquí alentando á nuestros fieles vasallos para el momento de la lucha; si, como Motezuma, eres débil y obedeces á la fascinacion que en tí ha ejercido el jefe de los extranjeros, dímelo, y te ahogaré, porque la mujer que no siente arder su sangre ante la idea de recobrar su independencia, el suelo que la vió nacer, no es digna de vivir, es necesario aplastarla como á venenoso reptil.

« Yo, como podeis figuraros, comprendí que nada

adelantaria con oponerme á la voluntad de mi esposo, y fingiendo el mayor entusiasmo:

»—Tienes razon,—le dije;—tus palabras me recuerdan mi deber. ¡Qué mueran los extranjeros! Si la idea de que se derrame sangre me repugnaba, ahora presentan á mi imaginación las pavorosas escenas de que ha sido teatro nuestro territorio.

Los extranjeros no abrigaban compasion algun hácia nosotros; ellos asesinaban á nuestros hermanos, ultrajaban á sus madres, á sus esposas, á sus hijas; nos arrebatan nuestros bienes, nos despojaban de nuestros alimentos; que mueran, y que los dioses nos concedan en la lucha toda su poderosa proteccion, para que las innumerables víctimas que nos han causado no queden sin venganza.

»—Mi esposo creyó de buena fé mis palabras, y partió á recorrer otras provincias para ponerse de acuerdo con sus caciques.

»Yo, apenas le ví salir, me he apresurado á venir á vuestro encuentro para enteraros de lo que ocurre.

»El tiempo es precioso; yo, aunque otra cosa no pueda hacer, os serviré de intérprete, y me parece que si adoptais prontas y enérgicas medidas, podreis conjurar la tormenta que tan recientemente os amenaza.

Hernan Cortés quedó pensativo ante la revelacion de Ihali.

No le alarmaba solamente la gravedad de aquella conjuracion, sino el no poder contar con la cooperacion de todos los españoles.

—Algunos serán tan miserables,—se decia,—que con tal de vencerme se unirán á los rebeldes, sin considerar que ellos han de ser sus primeras víctimas.

Como si su amada adivinase los pensamientos que cruzaban por su mente, añadió:

—Pero aún no os lo he dicho todo.

—¿Aún hay más?

—Parece que tambien cuentan los conjurados con muchos de vuestros soldados.

—¡Oh! Yo les juro que si descubro el menor conato de rebellion, he de hacer un escarmiento tal, que en muchos años no ha de borrarse de la memoria de todos.

—Yo lo que os ruego, bien de mi vida, es que vivais prevenido; conozco vuestro valor, pero nadie está libre del puñal de un asesino.

—Tranquilizate.

—No podré tranquilizarme si no me concedeis una gracia.

—¿Cuál?

—La de que vele vuestro sueño.

El ilustre caudillo hubiera hecho de buen grado esta concesion que entrañaba un profundo cariño; pero veia en ella la probabilidad de ser infiel á su esposa doña Juana, y no accedió.

Consintió, sin embargo, en que Ihali permaneciese en su palacio, y dió orden para que fuese tratada con la mayor deferencia.

La gratitud que despertaba en el alma de Hernan

Cortés la generosa conducta de su amada, le hizo preguntar afectuosamente por su hijo.

—Nuestro hijo,—exclamó Ihalí,—le he entregado á unos parientes de mi madre, que le prestarán los mayores cuidados.

Y mirando con tristeza á su amante, añadió.

—Ignoraba si se hallaría á vuestro lado la feliz mujer á quien habeis dado el título de esposa, y no queria presentaros recuerdos que os martirizasen.

Hernan Cortés estrechó dulcemente en sus brazos á Ihalí, y mirándola con ternura:

—Sois la criatura más angelical que he conocido,—dijo.

La llegada de un soldado puso fin á aquella escena.

De otro modo, hubiera sido facilísimo que Hernan Cortés, impulsado por la gratitud, se hubiera olvidado, aunque sólo fuera por un momento, de la fidelidad que debía á su esposa.

Capítulo CXIII.

Padre é hijo.

El soldado que se presentaba á Hernan Cortés venia á confirmar las alarmantes noticias que le habia comunicado Ihalí.

Hernan Cortés, que no dudaba de la amistad de los tlascaltecas, envió allí un emisario solicitando su auxilio en aquella nueva campaña.

No se le ocultaba que el carácter indómito de Xicotencal podia impulsarle á aprovecharse de aquella circunstancia para vengarse de la humillacion que sufrió en otra ocasion; pero recordó al propio tiempo que á él le debía el que le hubiesen devuelto el mando del ejército, y creia que la gratitud obraria en él favorablemente á sus planes.

Cuando llegó el enviado de Cortés á Tlascala, se hallaban los neófitos practicando algunas ceremonias